

# *Las repercusiones de los cambios culturales de la modernidad en el modo de pensar la biografía*

*Pedro Ruiz Torres*

Universitat de València

*Resumen:* Este artículo se centra en los cambios culturales de la modernidad con una mayor repercusión en el modo de plantear el problema de la biografía. Destaca la tendencia realista, compartida con el conjunto de la narrativa moderna. Entra en la distinción entre ciencia histórica y biografía en el ochocientos. Pasa revista a las propuestas que en la sociología y en la historiografía realzaron el papel del individuo en el primer tercio del siglo XX. Termina con las transformaciones en la biografía durante el periodo de entreguerras.

*Palabras clave:* biografía, cambios culturales, modernidad, narrativa, historiografía y ciencias sociales.

*Abstract:* This article focuses on the cultural changes of modernity that had a major impact on how the problem of biography was considered. The realist trend is emphasised, together with the whole modern narrative. It gets into the distinction between historical science and biography in the nineteenth century. It reviews the proposals that in sociology and in historiography highlighted the role of the individual during the first third of the twentieth century. It ends up with the transformations in biography during the interwar period.

*Keywords:* biography, cultural changes, modernity, narrative, historiography and social sciences.

En las reflexiones sobre la biografía suele destacarse la variedad de tipos en un género considerado híbrido o impuro, de contornos mal definidos y que ha experimentado modificaciones sustanciales a lo largo del tiempo. Ni siquiera un esbozo de estos cambios en los últimos siglos, en especial durante la época más reciente, tendría cabida en el reducido espacio de este artículo. Por tanto, me centraré en las transformaciones culturales de mayor repercusión en el modo de plantear en la teoría o en la práctica el problema de la biografía, desde el inicio de la modernidad hasta las décadas centrales del pasado siglo.

## I

A pesar de que la Antigüedad grecorromana, la Edad Media y el Renacimiento contaran con importantes biografías, el término «biografía» fue una creación moderna, como Sabina Loriga ha puesto de relieve. Apareció en el curso del siglo XVII, significativamente en Inglaterra, y comenzó desde entonces a ir unido a dos características que lo identificaron con la nueva época: el desplazamiento hacia un nuevo tipo de personaje y la adopción de un punto de vista más intimista<sup>1</sup>. El aludido desplazamiento trajo la pérdida de interés por la vida de los santos o de los reyes del modo idealizado tan frecuente en el panegírico, en el elogio, en la oración fúnebre, en las vidas ejemplares o en la hagiografía. Todo ello quedó excluido del género biográfico, mientras el centro de atención lo ocupaban otros personajes, poetas y en general individuos que sobresalían en el arte. El autor invocaba abiertamente el valor de la existencia humana y se proponía ir más allá de los aspectos visibles de la misma para entrar en la intimidad, mostrar los pequeños detalles de la vida cotidiana y llegar al individuo privado de su máscara social. Tal era la pretensión de Samuel Johnson y de James Boswell en la segunda mitad del siglo XVIII, como recoge Sabina Loriga, y esa decantación en los estudios literarios por los detalles de la vida doméstica, por la experiencia y la privacidad recibió un impulso grande en la primera mitad del siglo XIX. Las modernas biografías de poetas y artistas que habían pro-

<sup>1</sup> Sabina LORIGA: *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010, p. 20.

ducido una obra relevante y singular eran diferentes de las antiguas biografías concebidas a la manera de Plutarco. La nueva perspectiva llevaba a una indagación en busca de la personalidad del artista y su configuración a lo largo de las distintas etapas de su vida.

Sin embargo, el ingrediente anterior resultó sólo una de las novedades y con frecuencia se vertía en el molde del clasicismo, no en vano las obras de los poetas se situaban en la actividad más excelsa del ser humano después de la filosofía, según Aristóteles. De ahí el otro cambio a destacar, de tanta o más trascendencia: la tensión que en el inicio de la época moderna empezó a manifestarse en el género biográfico y, asimismo, en la novela y en la historiografía entre la «tendencia realista», que «registra», y la «tendencia formativa», que «crea», en busca de un equilibrio entre ambas<sup>2</sup>. Para que esa tensión se sintiera como tal, con anterioridad debía haberse abierto camino una valoración nueva del mundo real. En la cultura moderna, en efecto, la realidad dejó de ser vista de un modo negativo, como un mundo poblado de sombras engañosas, de pálidos reflejos y formas corrompidas de la esfera superior de las ideas platónicas o de las esencias aristotélicas<sup>3</sup>. Ahora, por el contrario, la realidad proporcionaba los motivos principales y los materiales básicos de la ciencia y del arte. Al tiempo que los autores de los modernos relatos que recibían el nombre de «historia», «novela» o «biografía» invocaban abiertamente el valor de la existencia humana, ponían el acento en la realidad. La pretendida fundamentación de estos relatos en la realidad y el poderoso efecto que en ese sentido transmitían les daban un carácter nuevo, moderno en definitiva. Con todo, la decidida opción del autor por el realismo no impedía ser consciente de que el relato, fuera novela, historia o biografía, también resultaba el producto de elecciones subjetivas y de la creación artística con el fin de imaginar no sólo situaciones reales y comprobables, sino otros mundos posibles y verosímiles, pero de los que no había pruebas en el registro empírico. De ahí la tensión entre la tendencia realista, abriéndose paso en la primera modernidad, y la tendencia formativa, siempre presente en cualquier tipo de relato. En la trayectoria moderna de la

---

<sup>2</sup> Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, pp. 90-91.

<sup>3</sup> David OLDROYD: *El arco del conocimiento. Introducción a la historia y metodología de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 15-77.

biografía esa tensión es uno de los pocos rasgos que permanecerá constante hasta nuestros días<sup>4</sup>.

Novela y biografía compartieron en los siglos XVIII y XIX un mismo cambio cultural a favor del realismo. La novela se convirtió en un género moderno y tuvo éxito en el siglo XIX, en la medida en que los lectores podían identificarse con los personajes del relato, con sus preocupaciones y sus circunstancias. Al hacerlo, la novela de individuos imaginados pero verosímiles se acercaba al nuevo género biográfico y viceversa, por cuanto esta última, a su vez, daba vida y coherencia al personaje real por medio del relato. Con semejante mezcla de historia y ficción, las opiniones sobre la estrecha relación entre estos dos tipos de obras, con el denominador común de *una vida*, variaron mucho en esta centuria, nos dice Jean Hytier, y una de ellas llegó al extremo de considerar que «la forme la plus parfaite du roman serait une biographie, le simple récit d'une vraie vie, mai racontée de manière à nous paraître vivante, et usant à cet effet de tous les procédés du roman»<sup>5</sup>. Así se aunaba, por un lado, el rigor histórico exigido a la biografía para dar cuenta de lo que *había sido*, y, por otro, la capacidad poética de la novela de cara a imaginar no, como en el clasicismo, lo que *debía haber sucedido*, es decir, lo idealizado y lo normativo, sino lo que *podría haber sido* y que estaba dentro, por tanto, de lo verosímil. La estrecha relación entre la novela y la biografía, y entre la novela y la historia, a medida que aquélla se impregnaba de la moderna conciencia histórica y surgía la novela histórica, hizo aún más patente el problema de fondo. Éste no era otro que «la manera de tratar el asunto entre poética e historia», en palabras de Goethe, pero había además una nueva cuestión que el autor de *Dichtung und Wahrheit* (*Poesía y Verdad*) expuso en el prólogo de su autobiografía. La biografía debía «representar a los hombres en las circunstancias de su época e indicar en qué medida le fue adverso el conjunto y en qué medida le fuera favorable, qué idea le indujo a formarse del mundo y de los hombres, y cómo, si era artista, poeta, escritor, acertó a pro-

<sup>4</sup> Tensión que puede verse en el capítulo «La biografía, un género impuro», en François DOSSE: *La apuesta biográfica*, Valencia, PUV, 2007, pp. 55-121.

<sup>5</sup> Jean HYTIER: «Le roman de l'individu et la biographie», *Cahiers de l'Association internationale des études françaises*, 19 (1967), pp. 87-100. La cita en pp. 88-89 es de Teodor DE WYZEWA: *Nos maîtres. Études et Portraits littéraires* (1895).

yectarlas hacia fuera»<sup>6</sup>. Goethe ponía en relación la biografía con el conocimiento de la persona y de su siglo, es decir, con el conocimiento, por un lado, de la personalidad, que se mantenía invariable y le daba la identidad a la persona, y, por otro, de su época, desde la perspectiva del moderno historiador para el que la historia era un proceso sometido a cambio, una sucesión de culturas con rasgos propios y que modificaban sustancialmente las condiciones externas de la vida del individuo y su misma persona.

## II

En el otro extremo del siglo XIX, Dilthey nos proporcionó la reflexión más elaborada de la interacción entre individuo y mundo histórico en el transcurso de una personalidad histórica, un nexo efectivo por el que el individuo recibía las acciones del mundo histórico, se iba constituyendo bajo ellas y, a su vez, reaccionaba sobre este mundo. Para Dilthey, la tarea del biógrafo consistía «en comprender, sobre la base de los documentos, el nexo efectivo en el cual un individuo se halla determinado por su medio y reacciona sobre él». El nexo fundamental lo constituía «el curso de la vida de un individuo dentro del medio del que recibe influencias y sobre el que reacciona» y «ya en el recuerdo del individuo se presenta esta relación», por lo que aquí tenemos «la célula germinal de la Historia». En dicho nexo residía la posibilidad de la biografía como una aportación científica. Toda vida podía de esta manera ser descrita, del mismo modo que todo lo humano se convertía en documento, pero Dilthey pensaba que sólo el hombre histórico, cuya existencia tenía efectos duraderos, «es digno, en un sentido superior, de pervivir en la biografía como obra de arte». En especial «aquellos cuya acción surge de honduras difícilmente comprensibles de la existencia humana» y, por tanto, «proporcionan una visión más profunda de la vida humana y de sus figuras individuales». La dificultad de hacer valer el punto de vista doble del biógrafo, artístico e histórico, es insuperable, concluye Dilthey, por más que la posición de la biografía dentro de la historiografía «ha sido preparada por la novela» y «se ha realizado extraordinariamente». Sin embargo, si

---

<sup>6</sup> Johann W. GOETHE: «De mi vida. Poesía y verdad (1808-1831)», en *Obras completas*, t. III, México, Aguilar, 1991, p. 435.

«los movimientos generales atraviesan al individuo, se entrecruzan en él», entonces «para comprenderlos, tenemos que buscar nuevos fundamentos que no se hallan en los individuos» y «recurrir a nuevas categorías, figuras y formas de la vida que no surgen en la vida singular»<sup>7</sup>. Con ello Dilthey remitía a un nuevo problema, planteado también en los primeros siglos de la modernidad.

El siglo XVIII había traído, en compañía de la novela moderna y de la biografía de los grandes cultivadores del espíritu, una nueva concepción de la historia. En las obras de Voltaire, Federico el Grande, Hume, Robertson y Gibbon, nos dice Dilthey, «la idea de la solidaridad y del progreso del género humano proyecta luz sobre todos los pueblos y épocas». Por primera vez había sido extraída de la consideración empírica y de la aplicación libre de la crítica histórica, que no se detiene ante los santuarios del pasado y dispone del método comparado que abarca todas las etapas de la humanidad. «Esta nueva captación de la conexión de la vida de los hombres fundada en la experiencia» hizo posible «el enlace científico del conocimiento natural con la Historia». Sólo una mirada de estilo universal, pensaba Dilthey, podía captar el juego de las fuerzas sobre el gran escenario de la historia y en el largo pasado que había sido revelado por la investigación. El cambio que se produjo y que permite distinguir las obras históricas de este siglo de las anteriores no es, para Dilthey, ni la ruptura del vínculo en que se hallan los grandes hombres con las circunstancias, que, por el contrario, se resalta en las grandes obras de Hume, de Gibbon o de Robertson, ni la aparición de una filosofía de la historia. No existe en el siglo XVIII ninguna filosofía de la historia que valga la pena, opina Dilthey, pero «el espíritu filosófico actúa en todas las mentes y potencia la fuerza capaz de comprender el mundo histórico» al poner en primer plano el punto de vista histórico-universal de la cultura progresiva del género humano. De ahí surgió la tarea de trazar las líneas del progreso que nos llevan de la barbarie a la civilización, el verdadero problema de los historiadores de la Ilustración<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Wilhelm DILTHEY: «La biografía» (1910), en *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 271-276.

<sup>8</sup> Wilhelm DILTHEY: «El mundo histórico y el siglo XVIII» (1901), en *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 345-406.

Entre 1750 y 1850, según Koselleck<sup>9</sup>, la experiencia de un pasado que se desvanecía cada vez más rápido desplegó a contracorriente «el deseo y la inclinación hacia la historia». Se trataba de una historia asociada con la idea de *proceso*<sup>10</sup>, en una época en que el espacio de experiencias heredado coincidía cada vez menos con las expectativas de futuro. En un primer momento el enfoque filosófico tomó la delantera. Para Wilhelm von Humboldt, «el investigador filosófico de la historia» persigue «las revoluciones del género humano» y «explica el progreso acompasado de este todo o a partir de la dirección de una potencia sabia, o a partir de la espontaneidad de las fuerzas individuales, que operan de acuerdo con las leyes eternas de su naturaleza». La cuestión estaba en descubrir las fuerzas humanas que nos permitieran entender la concatenación de todos los acontecimientos del género humano, del mismo modo que se había hecho con las leyes del movimiento del globo terráqueo y de los cuerpos del sistema solar. El problema era que, para saber si se trataba del mismo tipo de leyes, necesitábamos una investigación propia, porque «no es lícito que nos sirvamos de proposiciones ni deducciones puras de la razón». Había que considerar «la experiencia, ya sea la interior en nuestra propia consciencia o la exterior por medio de la observación, la tradición y la historia»<sup>11</sup>. Precisamente esta doble experiencia hacía que el modo de concebir la historia se distanciara de las ciencias naturales por aquello que, según Meinecke, presuponia en éstas una consideración de la razón humana como eterna e independiente del tiempo y no como una fuerza que se individualizaba sin cesar<sup>12</sup>. De ahí que, en el contexto de lo que el heredero de Dilthey llamó «el historicismo», según Meinecke una parte integrante del pensamiento moderno, surgiera y se desarrollara en la Alemania del siglo XIX la ciencia histórica, con un método propio que no excluía la búsqueda de regularidades y tipos universales de la vida humana, sino que los empleaba y fundía con un sentido

<sup>9</sup> Reinhart KOSELLECK: *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004, e íd.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

<sup>10</sup> Hannah ARENDT: *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, 1995, pp. 47-73.

<sup>11</sup> Wilhelm VON HUMBOLDT: «Sobre las leyes del desarrollo de las fuerzas humanas» (1791), en *Escritos de filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 4-7.

<sup>12</sup> Friedrich MEINECKE: *El historicismo y su génesis* (1936), Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1983, pp. 12-13.

nuevo, a favor de una consideración individualizada de las fuerzas humanas históricas.

La condición de la historia como saber diferenciado, por la que se pronunciaba Droysen, de la historia como investigación empírica con un método especial debido a la peculiaridad de su objeto de estudio, resultaba lógica dada la diferencia entre «la mecánica de los átomos» y «el movimiento del mundo humano». El carácter «moral» de este otro mundo provenía de la voluntad y el querer, que es individual y libre, pero como ambos tendían a la perfección, a un permanente progreso, estaban bajo semejante ley, aun cuando el querer y la voluntad a veces lo dejaran de lado. De este modo era posible hacer compatible en el ámbito humano la fuerza de la voluntad y el contenido de la historia, este último «la *humanitas* en incansable devenir, la cultura progresiva». La voluntad emergía del Yo y era determinada por él, pero el hombre singular vivía y moría solamente en su tiempo. La voluntad cooperante de muchos en la familia, en la comunidad y en el pueblo constituía un Yo común que se comportaba de manera análoga. El pueblo singular no sobrevivía tal cual eternamente, sino que se transformaba, tenía su juventud, envejecía y le llegaba la muerte. Para que la historia fuera ciencia, a lo individual y singular había de agregarse algo general, la continuidad del progresar, la continuidad del trabajo y de la creación progresivos que unía los hechos individuales y otorgaba a cada uno de ellos su propio valor<sup>13</sup>. Con semejante pretensión, la historia se distanció de aquellos que habían sobrevalorado la biografía, pero no dejó fuera al individuo. Al contrario, diferenciándose del investigador filosófico de la historia, el historiador científico, a la manera de Ranke y Droysen, tomó muy en cuenta la fuerza de voluntad del Yo en el hombre singular y del Yo común y peculiar en cada pueblo o nación. La fuerza de voluntad individual o colectiva tenía trascendencia en el devenir de la humanidad sólo en ciertos casos. Había que «poner de manifiesto lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo, en el momento en que ese pueblo, esa potencia o ese individuo aparece en escena de un modo activo o con un papel dirigente». Sin olvidar que el tema de interés para el historiador era «la humanidad tal y como es», formada «por la vida

<sup>13</sup> Johann Gustav DROYSEN: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1857), Barcelona, Alfa, 1983, pp. 17-21 y 35-40.

de los individuos, de los linajes, de los pueblos»<sup>14</sup>. Cada época tenía su tendencia y su ideal propios, y «la misión del historiador consiste en ir desentrañando las grandes tendencias de los siglos y en desarrollar la gran historia de la humanidad, que no es sino el complejo de estas diversas tendencias»<sup>15</sup>.

Para ilustrar este punto de vista recurriré a un libro de Droysen publicado en 1833, un libro de «historia» a pesar de que se editó hace poco en España, con el título modificado, en una colección de «grandes biografías»<sup>16</sup>. Me refiero a *Geschichte Alexanders der Grossen*. El propósito del autor no era reconstruir la vida de Alejandro Magno, a pesar de que casi toda la obra esté dedicada a las peripecias políticas y militares de tan destacado personaje. El problema se expone en el comienzo del primer capítulo del siguiente modo: ¿de dónde sacaron los griegos la fuerza para cometer la hazaña de la destrucción del imperio persa, la conquista de enormes territorios, el triunfo de la dominación de la cultura griega sobre gran número de pueblos de civilizaciones periclitadas y la instauración del helenismo? Droysen quiere trazar la trayectoria histórica de Grecia, un pueblo joven en comparación con las naciones de vieja cultura procedentes de Asia. Divididos como estaban, los griegos entraron en decadencia hasta que la unión de las ciudades jónicas para formar un solo Estado marcó el camino de la recuperación. Tras la rivalidad de Atenas y Esparta le llegó el turno a Filipo de Macedonia. El elemento monárquico ganó una supremacía indiscutible en la vida del Estado macedonio, tanto por la posición histórica de ese Estado como por la personalidad de su monarca. El resto del libro trata de cómo Alejandro empuñó con mano rápida y firme el timón del gobierno, restauró la paz y el orden del país, y llevó a cabo una colosal empresa militar de derrota del enemigo en el campo de batalla, de conquista y de consolidación de esos éxitos de las armas por medio de una eficaz organización de los nuevos territorios.

Desde luego la «historia científica» de Ranke y de Droysen no estaba privada de ideología nacionalista, como lo muestra el parale-

---

<sup>14</sup> Leopold VON RANKE, prólogo a «Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1532» (1824), en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 39.

<sup>15</sup> Leopold VON RANKE: «Über die Epochen der neueren Geschichte» (1854), en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 59-60.

<sup>16</sup> Johann Gustav DROYSEN: *Alejandro*, Barcelona, RBA, 2004.

lismo establecido por este último entre la antigua Grecia y la Alemania del siglo XIX, ni de una concepción elitista del proceso histórico. Con vistas a entender la trayectoria de un pueblo, de una nación y de la humanidad en su conjunto, las acciones políticas de los «grandes hombres» eran de una enorme importancia. Sin embargo, una historia semejante marcaba las distancias con la biografía porque no se quedaba en el relato de una vida individual, sino que intentaba hacer inteligible el curso de la humanidad en las distintas épocas; de una humanidad movida por fuerzas en las que contaba mucho la voluntad de los hombres y de los pueblos excepcionales. Por su parte, la biografía resaltaba a su vez el material empírico con el que era capaz de conseguir una información verídica y abogaba por un método riguroso para traer el pasado al presente tal y como realmente ocurrió. De ese modo, el «paradigma realista» cubrió a la historiografía y la biografía bajo un mismo manto y no puede extrañar la disputa en torno a cuál de estos dos géneros era el más capaz de representar la realidad de lo sucedido. En un tiempo en que el prestigio de lo real iba en aumento, con el auge creciente de la ciencia positiva y de la literatura y la estética realista, el moralismo hagiográfico dejó paso a la comprensión del carácter del personaje, y entre los rasgos más acusados del biografiado no sólo destacaron sus virtudes, sino también sus defectos, como el egoísmo, la ambición, la incompetencia o los intereses inconfesables<sup>17</sup>.

### III

Entrevista en la «crisis fin de siglo» por algunos escritores como Zola en sus últimas novelas y por un historiador tan poco convencional como Burckhardt, la transformación cultural que estaba dándose se acentuó tras la Primera Guerra Mundial e inauguró una segunda modernidad distinta de la primera. La modernidad técnica y de la sociedad de masas amenazaba, como más tarde escribirá Kracauer<sup>18</sup>, los valores de la *Bildungsbürgertum*, o «burguesía de cultura», e impregnaba la atmósfera de la época de una sensación de inquietud e incertidumbre. Ante la atomización del cuerpo social y

<sup>17</sup> Lytton STRACHEY: *Victorians eminentes* (1918), Madrid, Aguilar, 1989.

<sup>18</sup> Siegfried KRACAUER: *Teoría del cine. La redención de la realidad física* (1960), Barcelona, Paidós, 1989, pp. 351-380.

la ausencia de incentivos unificadores que establecieran metas significativas, la apatía se expandía como una epidemia y la «muchedumbre solitaria» llenaba el vacío con sustitutos. Unos celebraban la pérdida de las «antiguas creencias» y confiaban en que la educación inspirada por la razón, que se identificaba con la ciencia, haría progresar indefinidamente a la sociedad en su conjunto. Otros, por el contrario, abogaban por la rehabilitación de la fe colectiva en la verdad revelada, en una gran causa o en un líder iluminado. Kracauer piensa en 1960 que no sólo vivimos en «las ruinas de las antiguas creencias», como afirmaba Durkheim, sino, en el mejor de los casos, también con una nebulosa conciencia de las cosas en su plenitud de la que es responsable la enorme influencia de la ciencia. La ciencia, fuente primera del progreso tecnológico y origen de una corriente interminable de descubrimientos e invenciones que afectan a la vida cotidiana, deja su huella en la mente. La manera de pensar y la actitud hacia la realidad están condicionadas por los principios a partir de los cuales actúa la ciencia, y uno de los más importantes es el de la abstracción. La mayoría de las ciencias no se ocupa de los objetos de la experiencia ordinaria, sino que abstraen de ellos ciertos elementos que luego manipulan de diversas formas. Los objetos, prosigue Kracauer, son despojados de las cualidades que les dan «toda su intensidad y su singularidad», como escribe Dewey, y las ciencias naturales van más lejos al concentrarse en elementos o unidades mensurables que aíslan para descubrir sus modelos de comportamiento y sus relaciones regulares con el fin de establecer con precisión matemática cualquiera de esas regularidades en una creciente tendencia a la abstracción dentro de las mismas ciencias. Las ciencias sociales descuidan las evaluaciones cualitativas y prefieren los procedimientos cuantitativos que producen regularidades verificables e intentan de esa forma alcanzar la jerarquía de las ciencias exactas<sup>19</sup>.

Semejante transformación, que cubre gran parte del siglo xx y tuvo un poderoso efecto en la sociología, sólo después de la Segunda Guerra Mundial alcanzó de modo pleno a los historiadores, aun cuando muy pronto éstos tuvieron que hacer frente a la crítica de los promotores de la nueva ciencia social. No me detendré en el ataque del sociólogo durkheimiano François Simiand, en 1903, a

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 359.

los tres «ídolos de la tribu de los historiadores: el ídolo político, el ídolo individual y el ídolo cronológico»<sup>20</sup>. Como ha puesto de relieve Madeleine Rebérioux<sup>21</sup>, fue un debate a la vez político, institucional y epistemológico, en el contexto de una amplia controversia internacional sobre el método en la historia y en la nueva ciencia social. Aquello que me importa destacar ahora es que la respuesta de buena parte de los historiadores, por más que fuera sensible a las críticas de los sociólogos, no se decantó en absoluto a favor de una historia concebida según el modelo de las ciencias naturales. Simiand había criticado el hábito inveterado de concebir la historia como una historia de *individuos* y no como una historia de *hechos*, e hizo otro tanto con la tendencia de los historiadores a ordenar los trabajos alrededor de un hombre y no de una institución, de un fenómeno social, de una relación a establecer. Les invitaba a dejar por completo de lado los trabajos consagrados a biografías puras y simples, así como la historia anecdótica y la novela histórica, cuando todavía no había investigaciones suficientes sobre el estado de la industria o de la agricultura en tiempos de Turgot y casi se ignoraba por completo la vida económica de Francia bajo la Revolución y el Imperio. Ni siquiera para las relaciones entre los grandes hombres y las actividades tales como la política, la administración, las finanzas, la marina, las letras y la Iglesia era seguro que el marco biográfico e individual fuera el mejor y el más científico. Lo personal, afirmaba Simiand, no es bastante numeroso y no tenemos tanto tiempo para hacer esto o aquello, es preciso sacrificar lo uno o lo otro<sup>22</sup>.

La respuesta de Seignobos en un artículo de 1920<sup>23</sup> fue reconocer en la sociología fundada únicamente en la observación externa de los hechos sociales, al igual que en la doctrina económica del materialismo histórico, una reacción legítima contra el abuso en el siglo XIX del «método de la filosofía espiritualista y de los estu-

---

<sup>20</sup> François SIMIAND: «Méthode historique et science sociale», *Revue de synthèse historique*, 1903, reproducido en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, XV-1 (1960), pp. 83-119.

<sup>21</sup> Madeleine REBÉRIOUX: «Le débat de 1903. Historiens et sociologues», en Charles-Olivier CARBONELL y Georges LIVET (eds.): *Au berceau des Annales*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, pp. 219-230.

<sup>22</sup> François SIMIAND: «Méthode historique...», pp. 117-118.

<sup>23</sup> Charles SEIGNOBOS: «La méthode psychologique en sociologie», *Journal de Psychologie*, 6-7 (1920), incluido en *Études de politique et d'histoire*, París, PUF, 1934, pp. 3-25.

dios literarios». La «educación literaria», al concentrar la atención en los «grandes hombres», se tratara de escritores o de hombres de Estado, había exagerado la importancia de los individuos excepcionales y preparado el culto al héroe que menospreciaba el estudio de las «masas oscuras» de la humanidad. Esta reacción, nos dice Seignobos, es legítima porque el individuo no vive aislado fuera de la sociedad; su actividad es producto de la sociedad en que vive. Los hechos individuales conocidos por la conciencia no son suficientes para explicar ni la conducta ni el contenido de la conciencia del individuo. Sus actos y sus pensamientos dependen de la acción ejercida por otros individuos, y es la presión constante e irresistible de la sociedad lo que explica la regularidad de los fenómenos de masa constatados por las estadísticas. Sobre esas constantes se funda la noción de «leyes sociológicas», particularmente sensible en los hechos de la vida económica. Sin embargo, Seignobos critica el olvido sistemático de los hechos de la conciencia interna. La sociedad, nos dice, está compuesta de individuos y el análisis de la sociedad debe penetrar y llegar al individuo. Por tanto, es una debilidad de la sociología reducir su objeto de estudio a los fenómenos de masa, resumidos en estadísticas o designados por términos generales abstractos, sin proponerse el estudio de los mecanismos que los producen. Éstos estaban constituidos por actos de individuos cuyo carácter social era determinado por representaciones de orden psíquico, para lo cual se requiere otro método, el método de observación psicológica.

Aun cuando la biografía fuera vista en la nueva ciencia social y en la historiografía como un género literario de escaso o nulo valor científico, la controversia metodológica trajo una variedad de modos de estudiar la interrelación entre individuo y sociedad. Ni mucho menos el asunto se resolvió, antes de la Segunda Guerra Mundial, en el sentido de dar únicamente valor científico al hecho social impersonal, al «principio de la abstracción», con el fin de proporcionar leyes o regularidades, y a los procedimientos estadísticos. En las tres primeras décadas del siglo XX buena parte de los sociólogos se decantó por este punto de vista, sobre todo aquellos que hacían suya la recomendación de tratar «los hechos sociales como cosas». También algunos historiadores, en especial de la economía, compartían un enfoque similar, entre ellos Ernest Labrousse, que en 1933 publicó su tesis *Esquisse du mouvement des prix et des revenus*

en *France au XVIII<sup>e</sup> siècle*. Sin embargo, había propuestas de otro carácter. Georg Simmel y Max Weber contribuyeron en gran medida a los primeros pasos de la sociología con ideas muy distintas. En el sentido del historicismo, Simmel manifestaba su rechazo a la formulación de leyes universales y necesarias, y dirigía su atención al establecimiento de la fisonomía que caracterizaba un cierto fenómeno comprendido en su singularidad. Por su parte, Max Weber se opuso a la interpretación organicista de la escuela histórica de economía en torno a Schmoller y, tanto frente al objetivismo histórico como al intuicionismo, elaboró una forma de explicación/compreensión científica a partir del «tipo ideal» como saber nomológico, capaz también de entender el carácter intrínsecamente individual y particular de los fenómenos sociales y, asimismo, históricos<sup>24</sup>. En ambos autores las particularidades de las acciones con una significación especial para dar cuenta de la especificidad de una cultura, fuera la moda en Simmel<sup>25</sup> o «el acto de economía capitalista» en Weber<sup>26</sup>, remitían al sujeto de dichas acciones, su escala de valores y sus expectativas. La moda procedía, por una parte, de la necesidad individual de distinción y, por otra, de la necesidad de imitar, de buscar lo homogéneo, de fundirse con la generalidad, que aquí se satisface dentro del mismo individuo<sup>27</sup>. La ética peculiar del «espíritu del moderno capitalismo» tomaba cuerpo, de manera temprana, en los escritos de Benjamin Franklin<sup>28</sup>.

En la joven Universidad de Chicago, fundada en 1892, una nueva forma de concebir la investigación empírica, opuesta a la sociología que elaboraba series estadísticas, se abrió camino en el periodo de entreguerras. Los cinco volúmenes del estudio de W. I. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, publicados entre 1918 y 1920, utilizaban un amplio y variado conjunto de «documentos personales»: cartas privadas entre inmigrantes polacos en Estados Unidos y sus familiares en Polonia, autobiografía de uno de esos jóvenes inmigrantes, cartas de los lectores aparecidas en

<sup>24</sup> Pietro ROSSI: *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Milán, Edizione di Comunità, 1994, pp. 175-341.

<sup>25</sup> Georg SIMMEL: *De la esencia de la cultura*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 71-95.

<sup>26</sup> Max WEBER: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1977, p. 9.

<sup>27</sup> Georg SIMMEL: *De la esencia de la cultura...*, p. 90.

<sup>28</sup> Max WEBER: *La ética protestante...*, pp. 41-80.

la prensa, informes de policía y declaraciones de testigos sobre hechos delictivos, etc. El objetivo de los autores era «comprender» el comportamiento actual de estos inmigrantes, a menudo marginados a partir de su situación económica y cultural de inicio, por un lado, y de los efectos de su encuentro con el mundo industrial y urbano de Estados Unidos, por otro. Todo ello era imposible sin tomar en consideración a los propios actores y su percepción de la situación vivida y de sus expectativas. Thomas utilizó más tarde la técnica biográfica en dos obras posteriores: *The unadjusted girl* (1923), sobre el problema de la prostitución, y en colaboración con su mujer en *The child of America* (1928). Dicha metodología fue empleada en casi una decena de estudios durante el periodo de entreguerras, pero la Universidad de Chicago parece más bien la excepción en el contexto de la sociología académica norteamericana. En las décadas de 1920 y 1930 en Polonia, en el Instituto de Sociología de Poznan al que llegó Znaniecki, este último y sus discípulos publicaron varias autobiografías de obreros, hasta que la Segunda Guerra Mundial detuvo temporalmente el auge de dicho fenómeno, que se reanudó en 1946. A partir de la década de 1970, el estudio de los «documentos personales» y las técnicas de análisis de este tipo de materiales, así como la elaboración de «historias de vida», recibió una atención creciente en la sociología, tanto en Europa como en América<sup>29</sup>.

En cuanto a la nueva historiografía del periodo de entreguerras y su destacado interés por los fenómenos económicos y sociales, sería simplificar la cuestión ver el creciente protagonismo de la revista *Annales*, desde su aparición en 1929 y durante la década de 1930, y de los artífices principales de su proyecto renovador, como el desarrollo y puesta en práctica de una historia concebida como ciencia social a la manera de Durkheim y de Simiand. Al contrario, el interés por el individuo y por el factor psicológico no estuvo ausente en la obra de Marc Bloch y en la de Lucien Febvre. La historia la hacían los hombres, todos los hombres y no sólo unos pocos, y las diversas actividades y creaciones de los hombres de otros tiempos comprendían mucho más que el ámbito de la política. En semejante crítica a la «historia tradicional» insistieron Bloch y Feb-

---

<sup>29</sup> Yves CHEVALIER: «La biographie et son usage en sociologie», *Revue française de science politique*, XXIX-1 (1979), pp. 83-101, y Ken PLUMMER: *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

vre en textos muy conocidos. Sin embargo, tal cosa ni mucho menos traía una historia que borrara a los hombres y dejara el curso de la sociedad en manos únicamente de fuerzas profundas. El buen historiador, escribió Marc Bloch a principios de la década de 1940, «se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa»<sup>30</sup>. Una ciencia de los hombres, añade más adelante, siempre tendrá sus rasgos particulares, porque a diferencia de las ciencias del mundo físico, que excluyen el finalismo, «la historia tiene que ver con seres, por naturaleza, capaces de perseguir fines conscientemente [...] Para decirlo todo, una palabra es la que domina e ilumina nuestros estudios: “comprender” [...] Nunca comprendemos lo suficiente [...] La historia es una vasta experiencia de variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres»<sup>31</sup>. Marc Bloch, el historiador del feudalismo y de la sociedad rural, también era, y conviene no olvidarlo, el autor de *Les rois thaumaturges* y del excepcional testimonio *L'étrange défaite*. Por su parte, Lucien Febvre manifestó un gran interés por los distintos modos de acercarse a la figura de Erasmo<sup>32</sup>.

#### IV

Mientras tanto la biografía se transformaba. En esos mismos años, Siegfried Kracauer describió el cambio que se estaba dando en la década de 1920 de la siguiente manera<sup>33</sup>. La biografía era una obra poco habitual de la erudición en la época de preguerra, pero ahora se ha convertido en un producto literario muy difundido, una forma de expresión para los literatos y los maestros de la prosa. «En Francia, Inglaterra y Alemania los escritores describen la vida de las personas públicas de las que Emil Ludwíg<sup>34</sup> no se ocupó y en

<sup>30</sup> Marc BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 139.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 236-237.

<sup>32</sup> En 1957 se incluyeron en un libro de recopilación de artículos, continuación de *Combats pour l'histoire* y forman una de las cuatro partes de *Erasmo, la Contrarreforma y el espíritu moderno*, Barcelona, Martínez Roca, 1970.

<sup>33</sup> Siegfried KRACAUER: «La biografía como forma de arte de la nueva burguesía», en *El ornamento de la masa* (1927), vol. I, Barcelona, Gedisa, 2008, pp. 79-84.

<sup>34</sup> Emil Ludwíg (1881-1948), famoso por sus obras sobre Napoleón, Goethe y Beethoven, que todavía siguen reeditándose, fue un escritor alemán de origen judío

poco tiempo no quedará ningún gran político, ni general, ni diplomático, al que no se le haya erigido un monumento más o menos efímero». El cambio con respecto al pasado le parecía sorprendente porque, mientras antes las biografías de los artistas prosperaban entre los cultos, «los actuales héroes provienen, en su mayoría, de la historia y sus biografías son publicadas por editores dedicados a la literatura, es decir, publican en masa para la masa». Las motivaciones, opinaba Kracauer, debían buscarse en los acontecimientos de los últimos años. La Primera Guerra Mundial y las modificaciones sociales y políticas que vinieron a continuación, promovidas por las nuevas invenciones tecnológicas, han conmovido y revuelto la vida cotidiana y la cultura. La unidad de la forma de la antigua novela reflejaba la supuesta unidad de la personalidad y su problemática era siempre individual, pero en tiempos de Einstein no sólo nuestro sistema espaciotemporal se convierte en un concepto límite, del mismo modo ocurre con el sujeto soberano, que era el presupuesto de la literatura de los años de la preguerra. «El creador ha perdido de una vez y para siempre su confianza en el significado objetivo de cualquier sistema de referencia individual». Con el yo relativizado y el mundo, con sus contenidos y figuras, que gira en una órbita impenetrable, no se habla por vicio de crisis de la novela. «Dicha crisis radica en el hecho de que la composición tradicional de la novela ha perdido su fuerza a través de la supresión de los contornos del individuo y de sus antagonistas».

En medio de un mundo sin contornos e incomprensible, continúa Kracauer, «la marcha de la *historia* se convierte en un elemento». La historia emerge como tierra firme desde el mar de lo amorfo y de lo que no puede recibir forma, para condensarse en la vida de los héroes del escritor contemporáneo, que no la puede y no la quiere abordar como el historiador. Los héroes se tornan objeto de las biografías a partir de la necesidad de una forma literaria legítima, y es que el transcurso de una vida históricamente significativa parece contener todos los elementos constitutivos que hacen posible una creación en prosa. La objetividad de la representación quedaría así garantizada por el significado histórico del modelo original. De esa forma, «los biógrafos literarios creen haber encontrado finalmente el apoyo que en vano buscaban en otra parte,

---

que en sus biografías, muy populares, combinó hechos históricos, análisis psicológico y ficción. En 1932 se nacionalizó suizo y en 1940 emigró a Estados Unidos.

es decir, el sistema de referencia válido que los exime del arbitrio subjetivo». El personaje principal ha vivido realmente y todos los aspectos de su vida están documentados. El autor no depende de un esquema individual subjetivo, sino que cree haber recibido un destino en sus manos que lo obliga, a él como a cualquier otro. De esa manera la biografía se ha convertido hoy en competencia de la novela porque aquella, a diferencia de esta última, que carece de toda referencia, utiliza contenidos que determinan su forma. La moraleja de la biografía es para Kracauer «que representa, en el caos de las prácticas artísticas actuales, la única forma de prosa aparentemente necesaria». De tal manera, concluye el citado autor, la biografía literaria se convertía en la manifestación del repliegue temeroso de una nueva burguesía y su elite literaria, incapaz de hacer frente a la situación actual, de exponerse abiertamente al empuje con las clases inferiores y de ir más allá de su horizonte de clase. La biografía como forma de literatura, o, más exactamente, como forma de evasión de la nueva burguesía, «es una señal de fuga», porque en vez de dejarse comprometer por los conocimientos que cuestionan la sociedad actual, se refugia en el interior del mundo burgués por medio de una selección poco exigente de las grandes figuras históricas, que en todo caso no está condicionada por el reconocimiento de la situación actual<sup>35</sup>.

Entre la pléyade de maestros de la prosa del periodo de entreguerras, que procedían de la elite literaria de la nueva burguesía y estaban haciendo de la biografía un género literario de éxito en plena crisis de la novela, destaca Stefan Zweig. Autor de novelas, de biografías y de relatos cortos sobre personajes y hechos de la historia que le hicieron merecidamente famoso en gran parte de Europa, todavía hoy un amplio público continúa disfrutando de su obra. En la literatura de Zweig encontramos una nostalgia del mundo elitista anterior a la Primera Guerra Mundial, de su estabilidad social y de la firmeza de sus instituciones e ideas, en contraste con la caótica e incierta modernidad. La personalidad de los protagonistas de los relatos de Stefan Zweig suele ser nítida y la trayectoria de cada uno de ellos lineal. El lector identifica el carácter de los protagonistas con facilidad, por medio de los estereotipos de una psicología muy arraigada en el sentido común, y el

<sup>35</sup> Siegfried KRACAUER: «La biografía...», p. 83.

comportamiento de estos individuos y el desarrollo de sus acciones resultan previsibles. Sin embargo, en otro sentido, la narrativa de Zweig, por burguesa que pueda parecernos, no deja de perturbar al lector cuando le hace consciente de la irremediable crisis de valores y de la confusión de sentimientos que resulta del empuje imparable de la modernidad tecnológica y de la política de masas. En las biografías de Zweig hay historia y mucha ficción, de ahí que los historiadores aprecien poco o nada ese producto literario desde el punto de vista de la fidelidad a los hechos, por más que su prosa produzca goce estético y se convierta en una forma culta de entretenimiento. A cambio, para el lector no experto, sus biografías literarias tienen la ventaja de proporcionar un relato que trae de nuevo a la vida a los individuos que, para bien o para mal, hicieron la historia y han dejado restos de sus pensamientos y de sus acciones, a los que recurre el escritor, como él mismo se encarga de poner de relieve. Se trata de un relato de encuentros verosímiles de los que nada nos dicen los historiadores por falta de documentación, pero que podrían haber sido importantes. El narrador los inventa por analogía con otras situaciones similares, de las que sí existen testimonios, y sobre la base de comportamientos previsibles en la personalidad de los distintos tipos humanos.

La biografía de Fouché, publicada en 1929 por Stefan Zweig<sup>36</sup>, contiene lo señalado hace un momento. Del modo habitual, comienza con el nacimiento, en Nantes, en una familia de marinos y comerciantes, y le da gran importancia al periodo de formación del joven Joseph, dispuesto a convertirse en sacerdote, detrás de los muros del monasterio y en el más estricto aislamiento. En ese medio eclesiástico y como profesor del seminario se educa y adquiere la personalidad que más tarde pondrá a prueba. Fouché es observador de las almas, sabe callar y ha aprendido el arte de la ocultación, no se entrega a nada por entero, ni siquiera a Dios. Cuando estalla la tempestad de la revolución en Francia busca el contacto de los círculos intelectuales de la burguesía y hace amistad con Robespierre. Percibe que la política domina el mundo y se dedica a ella con una oportunista disposición a estar siempre del lado de los vencedores. De la moderación de los girondinos pasa al radicalismo de los jacobinos. El «mitrailleur de Lyon», que en 1793

---

<sup>36</sup> Stefan ZWEIF: *Fouché. Retrato de un hombre político*, Barcelona, Acantilado, 2011.

promueve en la más importante ciudad industrial de Francia una orgía de sangre para vengar la tortura y el asesinato de un destacado líder de la revolución, siente un año después el odio de Robespierre por motivos personales y lucha con éxito contra él. Ministro del Directorio, del Consulado y del emperador, Fouché se encuentra entre los que derrotan a Napoleón y en 1815 será de nuevo nombrado ministro de Policía, pero esta vez del rey cristianísimo Luis XVIII. El odio y los deseos de venganza de la hija de Luis XVI y María Antonieta van a calar hondo en la corte y el regicida será apartado del poder e irá camino del destierro. En poco tiempo el temido Fouché sentirá la venganza de la historia, que actúa de forma muy distinta para con un caído que para con un poderoso y lo entierra vivo. Olvidado de todos, «esta vida extraña y marcada por el destino» muere en Trieste.

¿Por qué Stefan Zweig se propone, con la biografía de Fouché, sacar del olvido y dar vida a un personaje histórico que él mismo califica de «amoral»? El motivo expuesto en el prefacio lleva a una cuestión no planteada por Kracauer. A diferencia de la tendencia de moda, esta otra forma de biografía no pretende evadirse del momento presente y refugiarse en las grandes figuras históricas. Al contrario, Stefan Zweig presenta su biografía de Fouché como «una contribución a la tipología del hombre político» en una época en la que, como Napoleón había entrevisto hace cien años, «la política se ha convertido en la *fatalité moderne*, el moderno destino». De ahí que «trataremos en defensa propia de reconocer a los hombres que hay detrás de esos poderes, y con ellos el peligroso secreto de su poder». Nuestro tiempo, según Stefan Zweig, sigue amando las biografías heroicas, tan necesarias para la formación del espíritu desde los tiempos de Plutarco, porque en ellas hay ejemplos mejores en el pasado, en contraste con el presente, huérfano de «figuras de liderazgo creativo». El propio Zweig no es ajeno a esta clase de biografías, en las que los protagonistas son pensadores eminentes o destacados artistas, pero en la política contemporánea encuentra algo muy diferente. A contracorriente de la moda de las biografías de grandes políticos, Zweig considera que en el campo político tales obras «esconden el peligro de una falsificación de la Historia, como si entonces y siempre las naturalezas verdaderamente destacadas hubieran decidido el destino del mundo». En la vida real, sin embargo, en la esfera del poder de la política, raras veces deciden los hom-

bres de ideas puras, sino un género menos valioso, pero más hábil, las figuras que ocupan un segundo plano. «Tanto en 1914 como en 1918, hemos visto cómo las decisiones históricas de las guerras y de la paz no eran tomadas desde la razón y la responsabilidad, sino por hombres ocultos en las sombras, de dudoso carácter e insuficiente entendimiento»<sup>37</sup>. En ese contexto, pensaba Stefan Zweig, la biografía de Fouché podía ayudar a entender la tenebrosa personalidad del verdadero «hombre político» de nuestra época. Semejante valoración de la política moderna y de los políticos mostraba no sólo un pesimismo propio del periodo de entreguerras, en comparación con las expectativas desmesuradas de la primera modernidad, sino también un descrédito de la política en la moderna sociedad, del que saldrán alternativas tan radicalmente distintas como el comunismo y el fascismo. Zweig repudia ambas, hace gala de apoliticismo y se refugia en el olimpo de la intelectualidad, pero, como buen observador y crítico, su postura elitista no le impedirá dejar por escrito uno de los testimonios más lúcidos del cambio de época<sup>38</sup>.

A mucha distancia de la nostalgia de Zweig, Paul Nizan escribió una biografía literaria de carácter muy diferente. Con un compromiso explícito a favor de la revolución, este antiguo alumno de l'École Normale Supérieure, amigo de Jean Paul Sartre y Raymond Aron, profesor de filosofía en un instituto de provincias, desempeñaba a principios de la década de 1930 un destacado papel en el partido comunista francés. Su pequeño libro *Les Chiens de garde*, publicado en 1932, era una denuncia de la pretensión de los filósofos de ir contra la historia y refugiarse en el mundo abstracto de la razón impersonal, sin tomar en cuenta el contexto temporal y humano de las ideas y de los cambios que habían ido dándose en la sociedad. Los filósofos, confortablemente instalados en la seguridad del progreso de la razón, no se ocupan de la vida de los seres humanos. Indiferentes a las penosas circunstancias de la vida de la mayoría de la población, han dimitido, según Paul Nizan, de su misión de ser útiles a la especie humana. En tiempos de grandes cambios llega la hora de preguntarles sobre la guerra, el colonialismo, la racionalización de las fábricas, el amor, las diferentes formas de muerte, el paro, el suicidio, los policías, los abortos, so-

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 10-11.

<sup>38</sup> Stefan ZWEIF: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* (1941), Barcelona, Acantilado, 2001 (15.ª impresión en 2011).

bre todos los elementos que ocupan verdaderamente la tierra. Son tiempos para que los filósofos tomen partido<sup>39</sup>. El mismo año de este duro escrito contra la filosofía oficial, Paul Nizan comienza a escribir una biografía literaria de título *Antoine Bloyé*, publicada en 1933<sup>40</sup> en forma de novela, salpicada de reflexiones de contenido político y de diálogos imaginados. *Antoine Bloyé* es el relato de la vida de Pierre Nizan, padre del autor, y, asimismo, la historia, encarnada en una persona, del aburguesamiento de los trabajadores que han dejado atrás su lucha para acabar integrándose en la sociedad capitalista. Pierre Nizan nace en 1864 en Pont-Château, en una familia muy humilde. Su padre, empleado de ferrocarril, es un hombre pobre, dócil y que no espera nada de la vida, sin proyectos ni aventuras, convencido de que le está reservado un lugar fijo e inamovible en el mundo, tal como ha querido Dios. Sin embargo, los ferrocarriles están cambiando la sociedad en los años finales del Segundo Imperio<sup>41</sup>. El recién nacido se cría en ese ambiente y más tarde recogerá los frutos de la reforma educativa que impulsa la Tercera República. Estudia y se diploma en la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Angers, hace carrera en el seno de la Compañía de Ferrocarriles de París a Orleans, se convierte en subjefe y jefe de depósitos ferroviarios en distintos lugares, y en 1922 acaba siendo director de los ferrocarriles de Alsacia y de Lorena. La solidaridad con los demás trabajadores asalariados y sus reivindicaciones, la conciencia de tener una educación diferente a la de la burguesía y de pertenecer a una clase distinta dejan paso, por su posición elevada en comparación con el resto de sus camaradas, a un tránsito, a una metamorfosis, que le lleva a integrarse plenamente en la vida sólida y modesta de la pequeña burguesía. Sin embargo, el recuerdo de los orígenes y la conciencia de la traición de clase vuelven a Pierre Nizan cuando, viejo, jubilado y perdido en Nantes, deja de vivir en el interior de sus justificaciones y su pasado le pesa más que nunca<sup>42</sup>.

La novela biográfica de Paul Nizan sobre su padre manifiesta una segunda motivación del autor, en mi opinión tanto o más importante que la derivada de su compromiso político, y puede ser

<sup>39</sup> Paul NIZAN: *Les Chiens de garde*, París, Agone, 2012.

<sup>40</sup> Paul NIZAN: *Antoine Bloyé*, París, Grasset, 2008.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 44-50.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 299-310.

entendida como otro aspecto destacable del cambio cultural en la segunda modernidad. El relato no comienza con el nacimiento de «Antoine Bloyé», el nombre inventado por Paul Nizan para dar vida a su padre, sino poco después de su muerte, durante el tiempo del velatorio, que es cuando se produce la transformación de un ser vivo en un objeto silencioso al que, como nos dice el autor, no se le puede cuestionar, ni pedir nada, ni interrogar y que no responde con la palabra Yo<sup>43</sup>. En ese momento, dominado por la presencia y el poderío de la muerte, Paul Nizan pone de relieve cómo su padre adquiere de inmediato una forma antes inexistente en el pensamiento de quienes le conocieron. El motivo está claro. El final de la vida imposibilita cualquier otra relación con la persona que no sea recordarlo en el tiempo pasado en que estuvo vivo. Ahora no hay manera de averiguar qué diría Antoine Bloyé de la ceremonia fúnebre, un entierro acorde con la vida sólida y modesta de los burgueses de provincia. Tampoco sabemos si se alegraba, como le ocurre al hijo, de que su muerte súbita, por una embolia, le hubiera sustraído de las conspiraciones de los devotos y de los curas, prestos a arrancarle la última confesión. Pero aquello que despierta la necesidad del hijo de saber mucho más sobre la vida de su padre tiene lugar cuando el cadáver recibe sepultura y un hombre sube a la tumba vecina para pronunciar unas breves palabras en honor de Antoine Bloyé. Son palabras que producen en la madre una mezcla de pena y de orgulloso consuelo, pero al hijo le llevan a plantearse el verdadero problema. La vida de Antoine no puede reducirse a una relación de méritos y de puestos de trabajo, como si se tratara de concursar a un premio o de elaborar un informe para la policía. «Je ne sais rien après tout de sa vie [...] En somme, quel homme était donc mon père?»<sup>44</sup>.

El enigma del padre, de alguien que suele ser decisivo a la hora de plantearse lo que uno mismo ha sido y es, resulta en el fondo el enigma de toda persona, de cualquiera de nosotros. Kracauer, como hemos visto, había relacionado en la década de 1920 la crisis de la novela con la pérdida de confianza en la unidad de la personalidad y con la relativización del Yo. Por esos mismos años, Virginia Woolf escribe *Orlando: A Biography* (1928) y después *Flush: A Biography* (1933) y *Roger Fry: A Biography* (1940), intentos de hacer

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 42.

frente a un problema sobre el que ella misma reflexionó<sup>45</sup>. La vida, tanto la de los hombres como la de las mujeres, le resultaba a Virginia Woolf un fluido inenarrable, enigmático, imposible de arrojar al molde del relato concebido al modo clásico, fuera éste novela, historia o biografía. En mayor medida, nos dice, si eran las vidas de las mujeres, por la riqueza de la experiencia femenina que produce emociones y sensaciones poco dadas a la transmisión por medio de la palabra<sup>46</sup>. Mucho más tarde, en 1986, llegará la crítica de Pierre Bourdieu, en «L'illusion biographique»<sup>47</sup>, a la llamada «historia de vida», por ser una noción del sentido común que había entrado de contrabando, primero en la antropología y luego en la sociología. Dicha noción suponía que la vida es una historia, el conjunto de acontecimientos de una existencia individual concebidos como historia y el relato de esta historia. Bourdieu dio varios argumentos, desde entonces muy repetidos, para cuestionar semejante supuesto, pero Giovanni Levi<sup>48</sup> lleva razón cuando nos dice que la duda sobre la posibilidad misma de la biografía venía de muy atrás y en cierto modo se había manifestado en la novela *Tristram Shandy* de Sterne, en *Jacques le fataliste* de Diderot y en las *Confessions* de Rousseau. Con apenas eco en la biografía de personajes históricos en el siglo XIX, esta crisis habría vuelto a ponerse de relieve, pero con otro carácter, a finales de dicha centuria y en el primer tercio del siglo XX. En plena crisis de la mecánica en física, tras el nacimiento del psicoanálisis y con las nuevas orientaciones de la literatura (Proust, Joyce, Musil), la complejidad misma de la identidad, su formación no lineal y sus contradicciones, pasaron a convertirse en el problema por excelencia de la biografía, mientras las biografías literarias seguían expandiéndose de manera cada vez más controvertida y problemática.

A propósito del gran Leonardo da Vinci, Sigmund Freud contrapuso en 1910 el psicoanálisis al trabajo del biógrafo convencional, singularmente fijado a su héroe y entregado a una labor de

<sup>45</sup> Virginia WOOLF: «The New Biography» (1927), en *The Essays of Virginia Woolf*, vol. IV, Londres, The Hogarth Press, 1994.

<sup>46</sup> Christine PLANTÉ: «Écrire des vies de femmes», *Les Cahiers du GRIF*, 37-38 (1988), pp. 67-68.

<sup>47</sup> Pierre BORDIEU: «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, vols. 62-63 (junio de 1986), pp. 69-72.

<sup>48</sup> Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, XLIV-6 (1989), pp. 1326-1329.

idealización «que aspira a incluir al grande hombre en la serie de sus modelos infantiles y quizá a resucitar en él la representación paterna infantil». En favor de este deseo, el biógrafo despoja a su héroe de toda debilidad e imperfección humanas y nos proporciona una helada figura ideal, ajena al hombre al que podríamos sentirnos afines, siquiera de lejos. Con semejante conducta, el biógrafo sacrifica la verdad a una ilusión y «renuncia a una ocasión de penetrar en los más atractivos secretos de la naturaleza humana». La neurosis obsesiva de Leonardo, prosigue Freud, no debe verse con los prejuicios que establecen una separación tajante entre la salud y la enfermedad, entre lo normal y lo nervioso, o que consideran los caracteres neuróticos como una prueba de inferioridad. «Sabemos hoy que los síntomas neuróticos son formaciones sustitutivas de ciertos rendimientos de la represión que hemos de llevar a cabo en el curso de nuestro desarrollo desde el niño al hombre civilizado». En cuanto al «esclarecimiento de las coerciones de la vida sexual y la actividad artística de Leonardo», parece muy conveniente indicar en qué forma depende la actividad artística de los instintos primarios, «pero nuestros medios resultan insuficientes para ello». No obstante, concluye Freud, aun disponiendo de un amplio material histórico y dominando el desarrollo de los mecanismos psíquicos, siempre hemos de reconocer un margen de libertad en el individuo. Nada hay de rechazable en atribuir a los azares de la constelación paterno-materna una influencia decisiva sobre el destino de un hombre. Todo es casual en nuestra vida, «desde nuestra génesis por el encuentro del espermatozoo y el óvulo». La distribución entre las «necesidades» de nuestra constitución y los «accidentes» de nuestra infancia no se halla establecida todavía, «pero no podemos dudar de la importancia de nuestros primeros años infantiles»<sup>49</sup>.

La biografía literaria de personajes históricos, sobre todo hombres públicos, era para Kracauer una mera fuga, condenada al fracaso, con el fin de no dejarse comprometer con los conocimientos que cuestionaban el mundo burgués. La burguesía, escribe en la década de 1920 el autor de *Los empleados*, reúne un mobiliario que pronto no tendrá su antiguo lugar. «Si existe una confirmación para el fin del individualismo, ésta se encuentra en el museo de las grandes personalidades que enaltece la literatura del presente [...]

---

<sup>49</sup> Sigmund FREUD: «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci» (1910), en *Obras completas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, pp. 397-401.

Por más cuestionable que sea una u otra biografía, el brillo de la despedida reposa en su reunión»<sup>50</sup>. Próximo al enfoque filosófico y sociológico de Simmel y en contacto con los fundadores de lo que más tarde se conocerá como «escuela de Frankfurt», Kracauer hizo durante el periodo de entreguerras su propia aportación a las nuevas formas de concebir la escritura biográfica, por más que haya pasado hasta hace poco desapercibida<sup>51</sup>. Sus dos novelas autobiográficas, *Ginster*, publicada en 1928 de manera anónima, y *Georg*, escrita entre 1928 y 1934, y editada póstumamente en 1973, a las que acompañó *Jacques Offenbach ou le secret du Second Empire*, cuya redacción comenzó en 1935 en su exilio en Francia, compartían una peculiaridad. Novelas, en los dos primeros casos, o «biografía social», en el último, tal como su autor las denomina, el personaje principal —el propio Kracauer o Jacques Offenbach— es un hombre cada vez más aislado en una época revuelta, que encarna la confrontación de un cierto ideal ilustrado con la realidad de una modernidad ambivalente, a un tiempo espectacular, en sus conquistas materiales, y deshumanizada y sin valores sólidos, en el terreno espiritual. Desde los orígenes de la modernidad, que lleva a la Francia del Segundo Impero, hasta su desarrollo en el Berlín de la República de Weimar, se abrían paso peligrosamente formas nuevas, como el bonapartismo y el fascismo, de recomposición del dominio capitalista con el apoyo de la clase media y de las masas, en las que la violencia se combinaba con la seducción.

\* \* \*

El término «biografía» fue una creación del seiscientos y en los siglos XVIII y XIX sirvió para dar cuenta de un concepto nuevo en estrecha relación con un triple cambio cultural. El centro de atención lo ocupó la existencia humana y, en especial, la configuración de la personalidad del individuo relevante a lo largo de las distintas etapas de su vida. La tendencia realista predominó en la narración de una vida que resultaba inseparable de sus circunstancias

<sup>50</sup> Siegfried KRACAUER: «La biografía...», pp. 83-84.

<sup>51</sup> Enzo TRAVERSO: *Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1998; Olivier AGARD: *Kracauer. Le chiffonnier mélancolique*, CNRS, 2010, y Gertrud KOCH: *Siegfried Kracauer zur Einführung*, Hamburg, Junius Verlag GmbH, 2012.

y, en definitiva, del contexto histórico. Por último, el sentido de la historia lo proporcionaba la continuidad ascendente de la humanidad en general, que unía los hechos individuales y otorgaba distinto valor a cada uno de ellos en particular. Desde finales del siglo XIX, una atmósfera de inquietud e incertidumbre llevó a reconsiderar el problema de fondo y a diversificar las formas de concebir la biografía. En el medio académico de la primera mitad del siglo XX, la interrelación entre individuo y sociedad se convertía en objeto de controversia y hubo distintas propuestas, mientras la biografía empezó a ser vista como un género de escaso valor científico. A cambio, la crisis de la novela a medida que se cuestionaba el poder soberano del sujeto y el significado objetivo del mundo contribuyó al éxito de un nuevo tipo de biografía. Si antes de la Primera Guerra Mundial la biografía había sido una obra poco habitual de la erudición, después adquirió un perfil nuevo. La «biografía literaria» se convirtió en un producto de éxito en buena medida porque el autor hizo creer que su relato dependía menos de su subjetividad que de un destino histórico conocido, el de la vida real de unos héroes o villanos en la que supuestamente se condensaba la historia. En sentido contrario, de manera más bien excepcional, en el periodo de entreguerras también se puso en duda la creencia anterior y no faltaron intentos de llevar al terreno de la biografía la conciencia del enigma de la persona, de la complejidad y las contradicciones de la identidad, y de la incapacidad del relato clásico a la hora de dar cuenta de esos problemas.

El género biográfico tras el final de la Segunda Guerra Mundial apenas siguió este último camino. En los años cincuenta y sesenta se afianzó la tendencia a convertir la biografía literaria en una forma específica de la novela histórica moderna, con un éxito de público que no alcanzaban ni de lejos a tener las escasas biografías de carácter erudito. Por mucho que estuviera en alza, Georg Lukács criticaba al «biógrafo *artístico*» por no llevar a cabo una investigación y un análisis profundo y científico de la vida económico-social, política y cultural de una época<sup>52</sup>. Algo que contrastaba con «la longue éclipse de l'acteur»<sup>53</sup> en la trayectoria de la

---

<sup>52</sup> Georg LUKÁCS: *La novela histórica*, texto escrito en 1936-1937, publicado en alemán en 1964, Barcelona-Buenos Aires-México DF, Grijalbo, 1976, pp. 347-348.

<sup>53</sup> Bernard LEPÉTT: «L'histoire prend-elle les acteurs au sérieux?», *Espaces-Temps/Les Cahiers*, 59, 60, 61 (1995), p. 113.

historiografía hasta bien entrada la década de los setenta. Los personajes de la «nueva historia» eran ahora las estructuras, las coyunturas, las instituciones, y la disociación entre la historiografía científica del «eclipse del sujeto» y la biografía literaria del gran hombre idealizado para usos ideológicos en el presente alejó a los cultivadores de uno y otro género todavía más de lo que estaban. Sólo en las dos últimas décadas del pasado siglo, en una época distinta, otras formas de historiografía y de ciencia social y nuevos conceptos de biografía trajeron una aproximación inédita, que queda fuera de los límites de este artículo.